

MI VIAJE A LA ARGENTINA
Impresiones, 66 (26-6-1909)

Cuando aprendemos de niños los primeros rudimentos de geografía, ciertos nombres de ciudades nos acarician con dulce música al oído y pueblan nuestra imaginación de mágicas visiones.

Recuerdo mi predilección en esta feliz época de mi vida. Yo tenía dos amores geográficos, dos nombres hermosos, que me hacían soñar con su dulce y poética eufonía: Valparaíso y Buenos Aires.

América es el continente de nombres más bellos. La vieja tradición castellana, la leyenda de los hidalgos conquistadores que llevaron con ellos los recuerdos de una patria romancesca y la sonoridad de los idiomas indígenas, vibrante y atronadora como un grito de guerra, han poblado esa tierra de nombres, superiores a los de la vieja Europa, y que únicamente pueden compararse con los de los pueblos del Asia misteriosa y poética; Golconda, Samarcanda, Bagdad, etc.

¡Valparaíso! ¡Buenos Aires!... Los nombres de París, Londres, Viena, faltos de significación, parecen fríos y secos al lado de aquellos nombres que hacen soñar como misteriosas evocaciones de un mundo nuevo.

Pero ¡ay! la vida con sus realidades no parece tener otro objeto que matar nuestras ilusiones. Al pasar los años he sabido que el mágico nombre de Valparaíso era el de un puerto muy rico, de un grande e importante movimiento comercial, pero sin una pizca de poesía, y con alrededores áridos. De mis antiguos amores geográficos solo queda en pie una ilusión: ¡Buenos Aires! ¿Cómo será Buenos Aires?

Leo y releo los relatos de los viajeros, que no son abundantes y me parecen faltos de color, y apenas si una pálida visión llega a diseñarse después de estas lecturas. No: prefiero la imagen que yo mismo me he forjado, con la suave caricia de un nombre poético.

¡Buenos Aires!... Veo una ciudad enorme, al lado de un río que es un mar; una metrópoli mundial, blanca y sonriente, que crece y crece amplificándose en el misterio del destino histórico; una urbe gigantesca como lo fue Babilonia la ciudad mundo, como lo fue la antigua Roma la ciudad nación.

¡Argentina!... Este nombre hace vibrar suavemente mis tímpanos, como miles de campanillas de plata, pendientes de los picudos techos superpuestos de un templo indostánico que pueblan el espacio de misteriosas y vagas sinfonías al más leve soplo de

la brisa. ¡Argentina! Me parece oír una dulce risa de mujer sana, blanca y arrogante con gorjeos de pájaro; creo ver las ondulaciones de una garganta ebúrnea, en cuyo interior culebrea alegría sonora, como una perla chocando contra facetas de cristal tallado.

He pasado muchos años ansiando conocer la Argentina, conocer Buenos Aires, y al fin voy a cumplir mi deseo en el próximo junio.

Aunque no me llevase el compromiso de dar unas conferencias públicas lo mismo iría.

Hace tiempo que creo necesario conocer ese Nuevo Mundo iniciado a la vida de la civilización por el esfuerzo temerario de nuestros ascendientes, y que luego, libre ya y dividido en varias naciones, sigue su camino con pasos tan rápidos, que más que pasos son saltos.

Es más interesante para mí ver el sol cuando nace que cuando se oculta. Dulce y majestuoso es el crepúsculo de la tarde, pero triste como un anuncio de próxima muerte. El amanecer nos da seguridades de nueva existencia, la certeza de un día más.

Me siento atraído por la fresca juventud de un continente que es el mañana de la humanidad, la reserva de energías y entusiasmos de un mundo que envejece y se corrompe al otro lado del Atlántico.

Voy a la Argentina como viajero artista, como escritor, para ver de cerca las cosas, estudiarlas lealmente y luego contar mis impresiones.

En América conocen mal a España, y muchos de sangre española, que llevan apellidos españoles, hablan de ella con los mismos errores, prejuicios y falsedades que si hablasen del Turquestán.

Pero yo, me apresuro a justificar esta ignorancia de muchos americanos, declarando que en España sí se conoce a América y se dicen sobre ella no menos errores y disparates. Lo que más conoce el español de América es la Argentina, ¡y cómo la conoce!...

Cuando la independencia trajo la ruptura de relaciones entre la península y el continente americano, España se sumió en una serie continua de guerras que han durado un siglo: guerras por la integridad del país, guerras por la libertad y el progreso, revoluciones, pronunciamientos, etcétera, interminable hecatombe nacional, en la que seguramente perecieron más de dos millones de seres. ¡Y España ha podido crecer, ha podido desarrollarse y doblar su población en este periodo sangriento, semejante a una

pesadilla! Esta es la mejor prueba de la vitalidad que lleva dentro. Ha podido parir y dar el pecho a dieciocho naciones de América sin morir de anemia. Ha logrado atravesar el siglo más mortal y trágico de su existencia, sin perecer, pasando de los diez millones de habitantes que tenía a principios del siglo XIX a los veinte mal contados que posee hoy.

En todo ese siglo España apenas ha podido volver su mirada hacia los pueblos que hablan su idioma. Sus propios asuntos y las crisis de su salud no les permitían pensar en las relaciones de familia. Miles y miles de españoles han pasado en este tiempo de las costas de España a las de América, espontánea e individualmente, pero la nación no ha enviado una sola manifestación de intelectualidad, como testimonio de afecto espiritual.

Los escritores ingleses recorren continuamente los países de habla inglesa, estableciendo entre ellos las relaciones estrechas de una patria superior e ideal: la del idioma. Los franceses extienden por todas partes la universalidad de su lenguaje. Los italianos van allí donde cuentan con una colonia.

Los españoles en todo un siglo no han enviado un solo escritor a América... Me equivoco: uno fue el gran poeta Zorrilla, que estuvo en México. Pero oportuno y clarividente a fuer de buen poeta, hizo el viaje en el estado mayor de Maximiliano de Austria, que intentaba destruir aquella república.

Los tiempos presentes son otros. España, la España moderna y progresiva que ya no tiene por que concentrarse y recluirse, mira hacia fuera, y sus ojos buscan por encima del océano los libres y progresivos pueblos de América, orgullo de nuestra raza y de nuestra historia.

Ahora voy yo. Otros más ilustres y de mayor prestigio tal vez lleguen más adelante, siguiendo mi iniciativa.

Yo quiero escribir un libro sobre ese hermoso país, y ansío poner en él concentrada esencia de todas mis facultades.

La Argentina cuenta con obras muy importantes que la han dedicado autores extranjeros. Mas ¡ay! son libros que se consultan, pero no se leen volúmenes que infunden respeto, pero muy pocos abren.

El poema de la Argentina es un poema moderno. Sus glorias son las inmensas tierras cultivadas, los interminables rebaños, la producción gigantesca, la creciente red de ferrocarriles, el ensanche de una metrópoli desbordada que nunca parece satisfecha de sus límites; pero esto que puede ofrecer cierta grandeza, descrito artísticamente,

resulta aburrido y antipático narrado en el estilo seco de la economía política, entre columnas de cifras y cuadros estadísticos.

Esta clase de libros, muy útiles para los que necesitan de ellos, son los que tienen la culpa de que la Argentina sea considerada en Europa como una nación de comerciantes, a la que se va únicamente a hacer dinero y que carece de vida espiritual.

Yo no soy de los artistas frívolos que creen que el arte debe ser la única misión de la vida humana, y la llaman desdeñosamente, burgueses, filisteos y beocios a los que con su pensamiento dirigen una fábrica, una oficina o una tienda. En la vida no nos defendemos del frío con lienzos de cuadro, ni comemos novelas, ni bebemos versos. El gañán que esquila el rebaño en la soledad de la pampa para que yo vaya vestido, y el dueño de estancia que exporta el trigo para que yo coma pan, me parecen, cuando menos, tan necesarios a la humanidad como Shakespeare, Victor Hugo y Wagner. Pero en «un término medio está la virtud», y una nación no va a concentrar todas sus aspiraciones en nuestra animalidad y sus necesidades en la marcha que echará el ganado el próximo invierno o en cómo se presenta la cosecha de trigo.

La Argentina tiene un alma, tiene un pueblo en sus llanuras, semillero de soldados y patriotas, guerreros de la naturaleza, tiene costumbres, tradiciones, magníficos y originales paisajes, ofrecen el más notable ejemplo que se ha conocido de fundente étnico, convirtiendo las más diversas razas en un solo elemento único y sólido, el pueblo argentino, y esto es lo que yo quiero describir y fijar en mi obra.

Los libros que hasta ahora existen sobre ella son como partes de su esqueleto, muy sólidas, pero escuetas y tristes. Yo quiero recubrir este andamiaje, indispensable para la vida, pero que no es la vida. Quiero describir el cuerpo de la nación, con su calor y sus colores, el corazón que late, el estómago que se asimila los elementos enviados por Europa, la boca que habla y canta, el cerebro que piensa adivinando el porvenir, los ojos tras los cuales arde el alma.

Y además de este libro descriptivo de toda una nación, si tengo tiempo y calma para estudiar tan gigantesco original, deseo hacer una novela que tenga por actor principalísimo Buenos Aires, dando su nombre al volumen.

¿Por qué no?... ¿Dónde encontrar un personaje igual a la ciudad prodigio, que hace cien años era algo así como una pequeña capital de provincia española, y hoy es la quinta ciudad del globo terráqueo?

Del país argentino, lo que más me atrae, como modelo de estudio, es la mujer.

Yo la he encontrado en París, en Londres, en Madrid, y siempre me ha bastado una simple mirada al entrar en el teatro, en el restaurant o en el salón para reconocerla inmediatamente.

¿Cómo es esta adivinación? No lo sé ciertamente. Entran en ella un sinnúmero de pequeños detalles, vagos y complejos, que se sienten mejor que se explican, y que tal vez harían reír si los expusiera minuciosamente.

Ciertamente que ayuda mucho para reconocerlas, su belleza especial y típica, su belleza aparte, majestuosa y arrogante, que las distingue en un salón entre cien mujeres, y resalta sobre la hermosura de las europeas más artificial, y como fatigada. Es una belleza sana y fina que parece residir en causas internas más que en el adorno exterior. Para ellas la edad no tiene crueldades. Los años parecen transigir a su vista, quedándose a un lado encogidos, respetuosos y galantes. Tienen la frescura milagrosa, la juventud inalterable de su pueblo.

Pero con ser su belleza tan característica, lo que más llama la atención en la dama argentina y la hace ser reconocida en todas partes es su elegancia: elegancia natural, personalísima, no aprendida, algo que sale de adentro como el brillo de los ojos o la graciosa contracción de sus labios sonrientes.

La argentina es tan elegante como la parisién: y además no es la parisién. Bajo los complicados adornos de la moda hay una mujer, una personalidad, un alma; no un maniquí movido por frívolos resortes.

En la soltura señorial de sus movimientos, en la naturalidad con que luce los más costosos adornos, se adivina el noble pasado de una raza que ha tenido que arrostrar duras pruebas para llegar a su prosperidad actual, toda una historia de sacrificios patrióticos y de luchas heroicas, en la cual la mujer ha valido y hecho tanto como el hombre.

Aparte de esto, la argentina llama la atención entre las mujeres europeas por su cultura, sus gustos artísticos, sus exquisiteces de alma. El hombre, el guerrero, a pelear con la naturaleza, a hacerla producir, a conquistar el dinero con el ingenio y el esfuerzo, mientras la mujer estudia, ama las artes, y conserva en el hogar una llama de poesía y sentimentalismo, como la hembra de remotos tiempos guardaba el tizón sagrado fuente de vida. ¡Qué mejor distribución de los deberes de los dos sexos!...

Y esa mujer, hermosa, elegante, culta, refinada, artística, delata en sus ojos que atraen, en su boca que sonrío, algo que inspira respeto y no es muy común en el gran mundo europeo: la virtud. No es una virtud antipática y de aparato, orgullosa de sí misma, y que aprovecha toda ocasión para manifestarse: es una virtud ingenua, natural y simpática, una virtud no por conveniencia ni por afán de distinción, sino heredada de un pasado de honrada y aristocrática vida colonial, en el que el recato y la pureza eran las mejores joyas.

La mujer sudamericana elegante, decidora, ingeniosa, de arrogantes y armoniosos movimientos lleva en su alma el viejo tesoro del honor castellano, la virtud ingenua de las antiguas españolas.

Su elegancia majestuosa, la distinguida suntuosidad de sus adornos, no encubre nada malo.

En otros países, la elegancia oculta una finalidad: atraer a los hombres.

La argentina es elegante por ella misma, por una necesidad de sus gustos artísticos, porque así ha nacido y no puede ser de otro modo: como el ave del paraíso vestida con los colores del iris para lucirlos en la soledad de la selva; como el ruiseñor que lanza sus trinos de oro en la noche sin importarle que le oigan o no le oigan.

(De *La Nación*)